El perro extraña en la noche extraña

Guillermo Fiquepron

Fiquepron, Guillermo

El perro extraña en la noche extraña. - 1a ed. – Buenos Aires : La imprenta Digital SRL , 2014.98 p.

18x12,8 cm.

ISBN 978-987-33-4379-7

1. Narrativa Argentina. 2. Cuentos. I. Título

CDD A863

Correcciones y ayuda en la edición: Maximiliano Fiquepron, Nicolás Gold. Arte de tapa: Daniel Ventre, Nicolás Gold.

Quiero agradecer a mi familia y amigos, que de una manera u otra, están conmigo en las buenas y en las malas.

También quiero agradecer por su ayuda, sus ideas, las correcciones, las lecturas previas de algún texto y en otros casos, simplemente las charlas sobre el libro a:

Maximiliano Fiquepron, Nicolás Gold, Luciano y Fabricio Monteleone, Ester Wibratt, Daniel Ventre, Leticia Tarnovsky, Gustavo Etchevest, Diego Ponce, Carlos Benítez, Federico Porfirio, Cristian Di Conza, Martín Villalba, Lucas Gómez, Patricio y Felipe Urquiza.

Dedicado a Ester, Lucy, Nonina y a la recova de la av.Alem y no sé qué otra calle.

G.F.

Prólogo

Las palabras están formadas por símbolos. Símbolos que nosotros entendimos en algún momento de nuestras vidas. Cada letra seguida da una idea para nosotros. Rara vez uno no entiende la palabra, quizás a veces no entendemos lo que quiere decir, pero si la palabra. Las letras son las encargadas de formar a las palabras. Ellas tienen una relación de dependencia. Cuando uno no logra comprender lo que se está diciendo, es porque muchas veces, es uno el que no quiere entender.

En este libro se pueden encontrar varios relatos, mayormente muchas son de cosas cotidianas. Estos relatos están pensados de la forma que uno pueda ejercitar el pensamiento. Quizás no son escritos para divertirse, o leer en familia pero sí lo son para pensar (o al menos quieren llegar a cumplir ese rol). Ya que muchos no tienen demasiados

personajes, pero si tiene uno que es el que piensa las cosas.

Considero que es de extrema importancia pensar con claridad. En estos tiempos en el que la sociedad está enteramente globalizada y mediatizada. Abunda el reconocimiento sin el menor esfuerzo de aquel que lo pide. Si bien hay muchos índices que afirman que se ha incrementado la lectura de libros, yo por mi parte afirmo que también ha avanzado la incoherencia y la realidad virtual. Estamos en tiempos de vacío de palabras, de ocio mental constante. Con la llegada de los celulares y los mensajes de texto el mundo empezó a gestar una nueva forma de escribir palabras, una nueva forma de abreviar. Al abreviar tanto se empiezan a eliminar algunos símbolos en nuestras cabezas y así es como vamos perdiendo el habla y el contacto con la verdadera cosa que encierra la palabra. Por ejemplo si ustedes compraran un libro en el que está lleno de oraciones como estas:

+tard t yamo aver si dspues salims. Tkm bso.

Creo que no sería digno de leer. Parece una tontería esto que estoy diciendo, pero no es así. Ya que yo

también vivo en un mundo y también tengo celular y también mando mensajes de texto. Tiene que ver con este libro que está escrito con palabras completas y que me ha costado mucho salir de las abreviaturas cotidianas y la falta de léxico entre nuestros pares o común de gente. Es normal, decimos y continuamos. Yo creo que no es normal. Creo que esta es una de las cosas que empieza a desmembrar al ser humano. Espero estar expresándome bien y que me puedan entender. El mundo avanza y por ende nosotros también. Estamos en un periodo de retroceso y de falta de sentido común por el otro y por uno mismo. La falta de escritura, de lectura, de léxico gesta en nosotros, la falta de poder entender las cosas que se dicen o se leen. Estas muchas veces están escritas por gente que también sufre de este mal. Por lo tanto si leemos o escuchamos algo que está escrito por alguien que sufre el mismo mal que nosotros, estamos entendiendo todo mal, desde la raíz del asunto.

En estos relatos se habla mucho de paredes, de puentes, de sueños y de extrañar. Las paredes y los puentes son construcciones en nuestras mentes. Los

sueños y extrañar también son construcciones pero solo que no se pueden evitar o conseguir cuando uno quiera. La pared como medio para no dejar vernos la realidad, los puentes para cruzar esa pared que no nos deja ver. ¿Cuántas veces uno se encuentra contra una pared en la vida? ¿Con cuánta gente construimos un puente, una unión? Este libro habla sobre cosas comunes que nos pasan en la vida. Me encantaría que mis relatos sean tomados como fantásticos. Ya que al menos a mí me parecer, la vida es un milagro. Creo que una buena mirada, es ver que cada pequeña cosa, por más tonta que sea, tiene un poco de grandeza y un poco de melancolía. De aquí el título "*El perro extraña en la noche extraña*". El hombre debería aprender un poco más de los perros y de la noche, en ellos está el entendimiento de las cosas por su nombre, por su símbolo, por su palabra.

G.F.

Darse vuelta

…"A veces salen más fácil las cosas, cuando uno suele salir. Se esconden los pasos y las calles encontradas, que no recuerdan pero conocen. Se asoman al ocaso de la mente, ahí es donde se quedan solos e incoloros. No se contentan con los minutos, ni las horas. Ni el número infinito de días, en los que nadie sabe a dónde va o de donde viene. Si hay que dar un lugar exacto (por dar algo) solo vienen de caminar, de ponerse a prueba. Las tardes son margaritas, las noches dalias. Y así pasan, solo pasa"…

Es invierno. Un tipo camina solo por la calle de noche, hay viento y los árboles se agitan. Las hojas vuelan cortando el viento. La calle esta desolada, no hay nadie. La gente está en sus casas, es el momento en donde la vida se pone en pausa. Todos han terminado de comer y se quedan llenos o

vacíos, pensantes, inmóviles. Siempre con el alma quieta, con la mente en pausa.

El tipo sigue caminando, sólo y con dirección. Siente que detrás de él, lo siguen. Empieza a pensar en una persecución. Sabe que no lo está siguiendo nadie, solo él y el eco de sus pasos. Quiere llegar a su casa y ponerse a salvo de sí mismo, y del crepitar de las hojas, de las baldosas imperfectas.

Él sabe muy bien que no está loco, pero sí que está solo. Esta es la idea que lo transporta a un nerviosismo repentino, fugaz y a la vez eterno. El miedo de la nada. El miedo de sentir. Realmente no hay nada detrás ni delante, que es un eco terrible el de sus pasos, que suenan como látigos en la espalda. También tiene vestigios de valentía, sabe muy bien que todos cuando caminan solos desnudan su alma, su pensamiento, su morbo de preguntas sin respuestas.

Abre la puerta de su casa y antes de entrar observa:

La sombra de su mente, que lo persigue.

Se asegura de que quede afuera, mientras mira a su sombra.

Su sombra que se esconde y se prepara, para entrar en su casa cuando menos lo espere.

Cuando se sienta liberado de ella.

Un viento sopla fuerte.

Sabe que si uno podría elegir el idioma, elegiría el idioma del viento que arrastra años y años de sabiduría.

Y en ese viento viene la vida, no los detalles que acostumbramos llamar vida.

Viene en su más puro regocijo, viene como el silencio de un bebe recién nacido, antes del llanto.

Sabe que el viento sabe y que es él, nuestro verdadero dios.

El, que nos mira todo el tiempo y que determina porqué el tiempo pasa

Sabe que el miedo a la muerte no es el dejar de existir.

Porque la muerte es mirar fijo a una pared eternamente, sin poder voltear la cabeza ni mover los ojos (ni el universo del pestañeo).

Sabe que él, no miro todo como debería haberlo visto.

Porque él es de esos tipos que el amanecer sin límites,

el árbol con sus muchos o sus pocos años,

el niño con el lenguaje del amor verdadero,

una mujer desnuda, pensante, con el alma muda,

no logran conmoverlo.

Pero no porque nunca lo pensó, sino por miedo a intentar lograrlo realmente.

Sabe que su cárcel es el reflejo que da un ladrillo.

Cierra la puerta. Va directo al baño a estar a salvo, se mira en el espejo. El espejo, la destrucción de la ceguera en nuestras espaldas, nuestro verdadero reflejo.

Mira por un tiempo y no ve nada. Busca sus ojos, intenta buscar el brillo de ellos, pero nada. Se da cuenta que se ha convertido en la sombra, en su propia sombra. Piensa que los espejos no reflejan nada, si no se sabe ver. Realmente busca su vida.

Ha perdido todo, hasta la desgracia (no hay peor cosa que ser consumido por tu propia sombra).

Todo es opaco, sin brillo, sin carácter, sin miedo, sin desgracia, sin tiempo, sin tiempo, sin tiempo, sin tiempo, sin tiempo.

Se dio cuenta que su vida es el reflejo de un ladrillo.

Que la vida es estar de espaldas a la pared mirando todo, contemplando todo, adueñándose de todo y dejando todo, libre, en paz.

El tiempo suele ser el sentido de las cosas que vivimos. El encargado de procesar nuestros caminos y amaneceres. Lo que extrañamos, tiene una casa donde vivir y es justamente el tiempo.

Sereno de incansables historias que nos acredita el carnet de "*ser humano*". Profeta de lo que no se ve, enemigo de los que se quedan con cosas por decir. El pasa y no debe pasar en vano. Está condenado a ser libre.

Él sabe que la muerte es el miedo de los vivos y el recuerdo de los muertos. Sabe que la muerte, muchas veces suele ser, darse vuelta.

El sueño del fuego

Precisamente un sueño del fuego trata sobre fuego o al menos debo nombrarlo.

Este sueño del gordo Enrique, nos cuenta que el sale de un pasillo lleno de espejos, que reflejan luz. Sale hacia la calle desolada. Todo es muy deslumbrante. Se da cuenta que todos los espejos están prendidos fuego y que toda la calle esta prendida fuego. Parece que él no está prendido porque no siente el calor (cosa rara es el hombre y el fuego, que para creer en el fuego y viceversa, se debe sentir calor).

En todo estaba este resplandor caluroso, las hojas de los árboles, las casas, los coches, las manos del gordo, los pájaros, el agua de la zanja, todo. Luego de quedarse asombrado de cómo todo esta incendiado, aparece su padre con la cabeza llena de humo. El humo salía por todos los orificios de la cara y empezaba a tomar parte del cuerpo, ese humo quemaba. El gordo no podía entender como todo el fuego no quemaba y el humo ardía a más no

poder. Quería ayudar a su padre, que entre medio de balbuceos, intentaba decirle algo. Enrique veía como se desfiguraba aquella cara. El humo ya le había agarrado las manos y como uvas secas caían sus dedos. Su padre se había ahumado en el piso, sin forma alguna, solo un pedazo de carne ahumada.

Era increíble como ardía aquel humo, nunca había visto algo parecido que queme tanto, ni siquiera el fuego. A veces lo que nos quema no es el fuego sino la sensación.

XYZ o La sangre derramada

No bajé apurado pero corrí. Estaba desorientado, perdido, quizás un poco abrumado como quien se despierta de un sueño. Dije que baje lento y encima con el pie equivocado, casi trastabillando arranque a correr. Corrí con todas mis fuerzas, me apuré por los gritos de las personas que se amontonaban alrededor de algo, gritos ¿Quién no se apura cuando se escuchan gritos desesperados? Gritos de la gente amontonada socorriendo algo que yacía tirado en el suelo, reventado, sangrando. Eran gritos desesperados, gritos nerviosos, gritos desolados que resonaban profundos en aquel lugar profundo.

Ellos ayudaban desesperados, estaban más cerca del molino, que de la casa. Estaba abombado, pero aun así como en sueños, conocía el lugar, sentía que alguna vez estuve allí. En la casa estaban los otros, pero ellos no ayudaban, los que ayudaban no

eran gente conocida, más bien era gente nueva ¿Cómo se dice?...nueva, si, nueva.

Los otros, los que cuidaban aquel campo, los que no salían a la hora de la siesta. Los recuerdo, porque cuando estuve ahí, hace algún tiempo atrás, eran los que me decían que después de la segunda tranquera y a la hora de la siesta, entre los maizales estaba el pequeño hombre deforme, con su gorro azul, que no lastima, pero acecha. ¿Acaso no hay peor cosa que ser acechado? Que te miren sin que te digan nada, ni te hagan nada.

El molino también lo recuerdo ya que ahí, había muerto su hija más chica. Se subió por las escaleras internas del molino queriendo alcanzar el asta más alta, tropezó y cayó quebrándose el cuello, como una gallina, con la diferencia que no salió corriendo con la cabeza colgando. Se quedó quieta, dura, muerta en el piso de tierra. El padre decía que era una maldición, que siempre morían los más chicos, los indefensos, los inocentes, los sin pecado. Aseguraba que la maldición empezó hace siglos atrás, cuando trajeron los primeros pinos y poblaron y crearon fuera del campo el bosque

oscuro. Lo raro es que estos árboles nada tenían que ver con ese clima y ese paisaje, pero ya se sabe que como las palomas, los pinos son plaga.

Corrí esos cincuenta metros, con dirección hacia los gritos. Entre ellos se escuchaba *mucha, dios, fuerte, perdiendo, apretá, más fuerte, sangre*. De todas las palabras la que más me impacto fue *sangre*. Me llama la atención porque si alguien grita fuerte y desesperadamente alguna palabra, me inquieta. Y si alguien grita más fuerte y más desesperadamente alguna palabra como “sangre”, me inquieta aún más. La sangre contenida es vida, la sangre derramada es muerte.

Cuando llegué, ellos eran media docena más o menos. Todos estaban sosteniendo y apretando, aquello que se desangraba por todos lados. Me gritaban que apriete, no sabía muy bien qué hacer, solo sé que en cuanto puse mi rodilla en la tierra, esta se hundió en una mezcla de coágulos y barro, todo el piso era sangre, todo derramado. Salía a chorros y salía tanto que ninguno de los que estábamos ahí sabía cómo hacer para que la sangre parara de brotar y brotar. No se veía de donde

estaba saliendo, cuáles eran las heridas, solo sabíamos que para esa altura era mucha y que no paraba. Era un río púrpura. La sangre tiene olor ¿o nunca sentiste cuando te sangra la boca? ¿O acaso nunca te sangro la boca? ¿O nunca sangraste por ningún lado?

Mis manos y mi cara estaban bañadas en ella, como las manos y las caras de ellos. Todos pegoteados y con ese olor tan particular, tan inigualable. Alguno que otro se ponía un trapo en la cara, otros se limpiaban a cada rato con las camisas, las mujeres con el vuelo del vestido. Sólo uno se dio vuelta para vomitar, tanta cantidad le había revuelto las tripas. A mí nunca me impresiono la sangre, pero quiero aclarar que esta era mucha, mucha en serio. Entre tanta desesperación pregunté ¿quién había hecho esto?, ¿qué había pasado? Uno de ellos me miró y me hizo un gesto con la cabeza señalando hacia el bosque oscuro. Me di vuelta y miré y vi. A lo lejos se podía divisar a un silueta grande, de un hombre, en la entrada del bosque, con un hacha en su hombro (imagínense que tamaño tendría el hacha para verla casi desde más de media hectárea). ¿Él había sido? Nadie contesto nada. El

silencio de todos y una respuesta ausente me hicieron sentir algo, en ese momento me vinieron unas profundas ganas de alcanzarlo, de ir a su encuentro, a matarlo. Antes de matarlo quería que me respondiera ¿Por qué? Ya que los socorristas callaban, explicando en su silencio, el miedo. Sin decirlo sabía que ellos, no eran de ese lugar, ni de ese tiempo. Porque el tiempo pasa igual para todos, pero es diferente en todos lados. Ya que no me daban ayuda ahí, fui para la casa. Antes de que diga algo, el padre y cuidador del campo, me dijo que el leñador había sido, hijo de lo impune. Que había sido criado en el oscuro bosque y había crecido como crecen las plagas. Y también me recordó que ellos no se aventuraban más allá de la tranquera, seria llamar a la maldición de nuevo. Cuando quise salir disparando hacia el bosque, el hijo más grande me agarro del brazo y me dio una cuchilla con la que degollaban a los cerdos. Nervioso, ciego y enfurecido corrí hacia el bosque.

El leñador vio toda mi secuencia y se perdió entre los árboles, intenté seguirlo con la vista pero fue en vano, se fue como alguien que sabe cómo irse, ocultándose.

Para mí era de noche o estaba por amanecer, sólo sentía calor. Es el extremo, hijo de la sensación, el miedo o el placer. Corriendo por los pastizales, esquivando pequeños baches y algunos muy grandes. Huellas de caballos, madrigueras, arados ya muertos, cualquier imperfección del suelo. Estas imperfecciones sinónimos de vida. Vida no es perfección, vida es afirmación. Mientras corría solo pensaba en no caerme y lastimarme con la cuchilla. La cuchilla era muy pesada, pesada, pesaba. De repente aquella distancia se acortó y ya me encontraba en la entrada del bosque oscuro, me adentre con miedo, mientras que la sangre con la que estaba bañado se había enfriado, vapor de mi cuerpo, calor interno, cansancio.

El bosque era quieto, aterrador de quietud y el piso virgen, nadie había pisado allí. Era un mármol de tierra, pastos y raíces. Caminé bastante, caminé hasta que no se veía el molino y sólo me rodeaba una cortina de árboles. No había ruido y yo trataba de hacer el menor ruido posible, pero la euforia y el miedo, llenan de ruido el cuerpo, el baúl de sentimientos que somos.

El tiempo ahí, no aparecía. El anacronismo en mí. Seguí dando vueltas hasta que vi un resplandor que me cegaba. A los pocos minutos de ver el resplandor, empecé a escuchar ruido, seguí caminando hasta que di con un páramo. Un espacio sin árboles, en donde el piso era de barro mezclado con nieve. Al verla comprendí el ruido y el resplandor, en medio del páramo nevado y embarrado había una casa en llamas, una casa ardiendo. El fuego era contenido, pero nunca cesaba. Nunca cesaba y ardía constantemente, la casa. La casa parecía que llevaba un largo tiempo ardiendo. Ardiendo, se quemaba. Y se quemaba y ardía y se quemaba, sin parar, crepitaba incansablemente. No supe el origen del fuego y mucho menos cuando se apagaría, lo único que podía entender, muy adentro mío era que quemaba. Su fin, arder, siempre arder, quemar, destruir por siempre. No emitía calor, porque el frio de la nieve era más que el fuego ardiendo (la nieve es una cosa fría, el fuego una cosa caliente). Todo resplandecía y la casa crujía eternamente. Quede atónito mirando tan increíble fenómeno, miré para la izquierda y me asuste. Cuando gire mi cabeza a la

derecha, lo próximo que vi, es decir, lo próximo que sentí fue la mirada del leñador sobre mí, como quien está de frente a un abismo inmenso y en seguida el frio de la sangre en mi cuerpo. Di un paso atrás y me desplomé hacia la izquierda sin poder ver bien, toda la sangre en mi cuerpo era fría, la sangre sin derramar, ahora quieta.

Levante la cabeza sufriendo de un silbido aterrador en mis oídos (Tinnitus) y ahí lo vi de nuevo, sin dudas era el leñador. Miró la cuchilla con tristeza y pasándome por alto, camino hacia la casa, sentí miedo y el miedo paraliza. Es difícil, pero recuerdo su cara, una cara sin facciones, pero con arrugas. En seguida, al mirarlo supe que él era hijo de ese fuego que ardía y ardía sin posibilidad de fin. Sus ojos secos, oscuros decían algo que pude captar al mirarlo. Decían que en su vida la única posibilidad y la única certeza, era que tal como la casa, no le quedaba otra cosa que arder constantemente, sin reparo. Su hacha y sus ropas bañadas en sangre. Él no había vivido, él había existido, lanzado al mundo, ¿quién podría saber hace cuánto? Seguí mirándolo a sus ojos muertos con miedo, hasta que tome coraje y le pregunte *–¿Por qué?*

Mirándome con su falta de expresión y sin abrir la boca, señalo un cartel que decía:

…"porque ése que yace desangrándose, en el piso, es el poder de mi daño o corroborar con mi última acción verdadera, quizás mi única, que el mal es lo único que puedo definir en esta vida y en el mundo, mi mundo que también es visión ajena"…

Se dio media vuelta y entró en la casa. Me levanté con todo el dolor y tratando de ir a buscarlo para que me explicara qué quiso decir con el cartel. Fue en vano querer acercarme, cuando estaba a menos de tres metros, la casa se derrumbó con él adentro y ahora ardía más que nunca y quemaba, me quemaba. Me alejé unos pasos adolorido por la caída y quedé mirando cómo ardía la casa derrumbada y prendida fuego. Y quizás el cuerpo, su cuerpo, el cuerpo del leñador, padre de aquel delito, él que dio sangre derramada. No se escucharon gritos, pero sí sentía olor a carne quemada, me quedé un rato viendo y pensando en esta muerte lenta que estaba ocurriendo ahí, a unos pocos metros. Me fui cuando todo empezó a reducirse a cenizas. Todo había muerto, la casa, el

leñador, la nieve embarrada y en el bosque, las hojas de los arboles oscuros otoñecian.

Empecé a volver hacia el molino, al no haber tanta vegetación, ni tanta oscuridad, la vuelta fue rápida. Salí del bosque más rápido de lo que esperaba, la vuelta siempre es más rápida. Crucé el campo con sus pastizales y la sangre seca en mi interior. Llegue al molino y ya no había nadie, ni los socorristas, ni la familia que cuidaba el campo, solo eso. Eso ya muerto en el piso, desangrado, ya sin vida y yo mirándolo, sin la cuchilla, sin el temor. Lo miré con congoja y tristeza a eso que ya no sangraba, a eso que ya no era, a eso que ya no. A eso que por la sombra que empezaba a proyectar me decía que antes había sido la noche y que ahora empezaba a clarear, ahora venía la luz del sol. Y esa claridad minúscula y ese sol despertando venían a decirme que yo ahora entendía todo. Que eso había muerto y que algo en mí también había muerto. Y en el leñador. Y en la casa. Y en el bosque. Y en el campo. Y en el molino. Y en la tierra. Y en el frio de la nieve. Y en el calor del fuego.

Ahora no había socorro. Ahora había un lenguaje nuevo, una nueva dialéctica para entender y tratar, levemente tratar de aceptarla.

Aprender.

Ahora la claridad del amanecer era tan clara y profunda que la podía escuchar, como quien tiene un corazón, con una incertidumbre, pero con un pulso al fin.

El camino para atrás

Después de discutir, me bañé. Solo le había hablado para que me alcance la toalla. Seguía enojada y a la vez, como en un tono amigable, me decía que no me preocupara por el sueño de las hojas. Tuve un sueño bastante raro con unas hojas, un bosque, una casa sin una pared (tipo refugio), pero no lo voy a contar, al menos no ahora. La besé en la frente y me fui al trabajo. Ella seguía hablando sola, afirmando que cuando hago el turno noche, vengo raro, saturado, imbancable y además la estúpida recriminación de siempre, ella que dice que nunca estoy con él. Dice que es como si no los viera. En el colectivo fui pensando, que cuando llegue al trabajo, la voy a llamar para disculparme. No recuerdo con exactitud porque nos habíamos peleado.

Estamos cruzando un puente, en la relación, en el viaje, el colectivo se tambalea, su motor ahogado compite, él está casi tan ahogado como nosotros,

¿cuándo cruzamos este puente? solo pedimos velocidad, somos gente apurada, gente que va corriendo, la vana idea de ganarle tiempo al tiempo, también a él le pedimos velocidad, para que el viento que entra frenético por las ventanas sucias, nos diga cuanto de lo que somos se nos va, cada vez que el entra y marca detrás, en nuestra nuca, la alteración de su rumbo, su rumbo se altera, nosotros le damos el sentido a su alteración ¿realmente pienso que los árboles, allá arriba en sus copas, se mueven porque los agita el viento? O ¿se mueven porque ellos en realidad quieren darle también sentido al viento? creo que no siempre hubo un puente y antes no sé lo que había ¿qué es lo que hay que esquivar o conectar como para hacer un puente? ¿Para que un puente? ¿Para saber que hay viento? para saber que el viento es producto de la velocidad y será en ella, en donde se materializa y se hace tangible ¿fue un sueño aquel puente?

Pensé en las ventanas todo el viaje, hasta el trabajo.

Cuando entré salude al de vigilancia, que me hablaba de un partido de futbol importante y que se yo. Solo sé que afirme con la cabeza, mientras le miraba el cuello de la camisa, que estaba apenas

manchada con sangre y rastros de agua sucia con un poco de jabón. No es un tipo malo, pero innecesario. ¿Cuántas cosas son innecesarias? ¿Cuánta gente suele ser un adorno? Me entra el pánico de saber que quizás, yo soy innecesario, yo soy un adorno. Hasta suelo llevar el pensamiento al máximo y creer que soy un adorno adornado, que no existo, solo un cero, solo un uno, solo uno más.

Es el mundo, ese viejo tirano que estudiamos de chico y no entendemos de grande. Aun así lo caminamos, los desnudamos, lo vestimos, lo pensamos diferente, lo odiamos, lo queremos, lo hacemos propio, lo rifamos.

Acomodé mis cosas y hable con mi compañero. Creo que yo conté siete cosas y el cinco. Él es un tipo callado, no suele hablar mucho. No habla todo el tiempo como muchas veces suelo hablar yo. Él es más de escuchar, de entender, nunca mira al pasado, ni a su camino. Cuando se fue y quede sólo, recordé aquel sueño con las hojas. Sin perderme en el pensamiento, llamé a casa, esperando hablar con ella. Sonó el timbre varias veces, hasta que me atendieron. Cuando dije hola, del otro lado del teléfono, me contesto una voz bastante entrada en años. Al preguntarle acerca de

mi familia ella dijo llamarse Amelia y que ahí no vivía ninguna María. Tampoco conocía a ningún Luis, ni mucho menos a un bebé llamado Pablo. El único Pablo que conocía era su hijo y hacía 35 años que vivía en la misma casa. Al parecer me había confundido al marcar, pedí disculpas y corte. Volví a llamar y de nuevo atendió la misma señora, fueron varias las veces que me atendió ella. En uno de mis intentos por comunicarme le pregunte si ella vivía en Lavalleja al 1200, contesto que no, que vivía en Álvarez al 1500 y que deje de molestar que estaba intentando dormir. Se había hecho la noche más cerrada y solitaria, así que procedí a dejar de llamar y confundirme de teléfono, creí que la línea estaba ligada y pensé que a primera hora llamaría a la empresa de teléfonos. Una simple hipótesis podría ser que: si la señora vivía en Álvarez al 1500 y esa no era mi casa, quiere decir que quizás alguien me esté robando la línea. Álvarez al 1500 es a tres cuadras de mi casa más o menos.

Me quede toda la noche pensando, hasta fui a lo del tipo de vigilancia (ese que es innecesario) y le pedí que llame al celular de ella, porque quizás no quería contestar mi llamada. El tipo marco el número varias veces. Fue en vano, nadie contesto.

Agradecí y me fui a mi oficina a hacer mis tareas. Paso toda la noche, despacio y sola, como suele pasar ella. Cerca de las cinco de la mañana llego el gordo Enrique, mi relevo. Siempre contento y con olor a Wild Country y mugre. La mugre eran de sus orejas que rebalsaban de cera, un asco esa escena, a esa hora del día, donde se empieza a anunciar la salida del sol. Igual el gordo era bueno, radical, siempre preguntaba lo mismo, ¿la bruja? ¿El pibe? ¿Debe estar grande? Yo siempre en mi umbral, respondía que todo estaba bien, aun sabiendo que no. Antes de irme le pregunte si el sueño que él había tenido, lo había vuelto a tener. Dijo que *el sueño del fuego*, no lo había tenido nunca más, solo una vez. También contó que no quisiera volver a soñarlo. Al parecer después de soñarlo, su padre, se prendió fuego la cara, quedando con más del cincuenta por ciento del rostro quemado. Enrique cuenta que tiempo más tarde sucedido aquel accidente, su padre encontró el verdadero significado de la vida. En palabras textuales dijo: …"*la vida es un tigre en cautiverio con la puerta de rejas abierta*"… Ni él, ni yo, supimos entender aquellas palabras tan profundas del padre del gordo. Salude y me fui a tomar el colectivo, por

suerte la vuelta siempre es más rápida y mentalmente silenciosa.

Baje del colectivo, con sueño y pensando poco en las ventanas. Sabía que el puente no estaba cuando volvía, solo cuando iba. Pero ¿quién era yo para ponerle un momento justo al viento? ¿Será que es rotular todo? Caminé esas tres cuadras y doble media a la derecha, saque la llave despacio, quise abrir la puerta sin hacer el mínimo ruido. Se escucha que desde el fondo me gritan – *¡andate o llamo a la policía…sos vos, el de ayer a la noche!...sabía que ibas a venir–* su voz era conocida, era Amelia la señora que me atendió anoche. –¡*señora esta es mi casa*!– le grite. En un tono demandante, contesto *–váyase, o llamo a la vigilancia–* y además dijo algo desconcertante *–los hombres salen por la mañana, no vuelven…y vos no volviste nunca–* Quise volver a gritar, pero por la esquina paso un patrullero. Quizás, me había confundido de teléfono y de casa, quizás.

Me fui para la esquina, a preguntarles a unos muchachos amanecidos, que estaban fumando y tomando algunas cosas. No sentí miedo, así que salude y les pregunte qué calle era esta, contestaron que era Álvarez. Efectivamente, como me dijo la

señora, esa calle era Álvarez al 1500. Ya medio desconcertado les pregunte por la calle Lavalleja al 1200. Rieron un rato y uno de los pibes me dijo *–no jefe, esa calle no existe más, ahora se llama Constantinopla…hace muchísimos años que no existe-* luego de dejarme más desconcertado que antes, el mismo pibe dijo *–yo soy tu hijo Pablo, tu nombre no es Luis y la mujer que buscas, esa tal María, no existe más. Ahí, donde quisiste abrir con la llave, vive tu verdadera mujer, Amelia, mi madre. La otra es el amor de tu vida, no la busques más allá de esta calle, si la buscas en la otra calle olvidaras tu memoria, es decir el recuerdo que vas a ser–* asustado por tal confesión, corrí hasta la otra calle, que era Constantinopla, llego a la esquina y estaba el gordo Enrique. Me acerco para saludarlo, pero no era el mismo gordo…tenía cara de miedo. –¡*gordo… ¿Qué pasa*?!– le pregunte. Serio me saludo con un apretón de manos, casi, casi, un apretón de martillero público y me dijo *–Me presento, soy Enrique Constantinopla y esta calle, es calle porque yo la piso, sino la piso no es calle y la esposa perdida que andas buscando, esa tal María, fue la única que amaste, la única que supiste amar y también la que dejaste escapar, pero ¿Cómo sentir amor y dejar escapar algo que*

nunca tuviste?– Ahí recordé que María fue mi verdadero amor, porque fue mi verdadero amor platónico. Nunca estuvimos juntos, los dos éramos jóvenes y teníamos miedo. Todo amor en serio, es platónico. El amor es eso que no se tiene, eso que se idealiza, eso que hace que uno se empeñe en levantarse de la cama y cepillarse los dientes, es el deseo constante, es lo que queremos y no tenemos. No hay voluntad más grande para el hombre que enamorarse. El amor como construcción sincera del yo, nivela cada pasaje interino de nuestro ser. Aceptar que uno está enamorado es un punto de quiebre. Rompe toda estructura, toda pared. La libertad es plena cuando se siente en serio. Enamorarse no es cosa de todos los días. Uno debe enamorarse un día y apostarle a ese amor, que uno basa en la pasión. El deseo no es solo carnal, también existe el deseo mental. El deseo de escuchar, el deseo de ver, el deseo de saber que está ahí, el deseo de abrazar y sentir un calor real, el deseo de saber que nuestras mentes no están tan solas. El deseo es la bandera del enamorado. Las cosas tienen profundidad cuando existe el amor. No hace falta que sea correspondido. Si no es redituado no importa. No es el amor que nos hace mal, sino los entornos que atontan y falsamente embelesan la

sinceridad del alma. Nuestro amor es la única paga que merecemos en esta vida, no otra. Todo lo demás, es también, pero eso es cuestión de costumbre. Se bien que en algún momento de mi vida, me plasmé a la costumbre y a la seguridad, cometí un error, olvidarme de el deseo. Siempre tuve ganas, pero perdí el deseo.

Rápidamente Enrique, como si nunca me hubiera visto, vuelve a hablarme *–esta historia es al revés; de hecho sabes que es así, al revés. Y el sueño de las hojas, que en realidad es hojarasca, es tu vida. Así como el sueño del fuego es la mía–* Mientras se acomodaba el anillo, atine a preguntarle –¡*Gordo! ¿Porque me hablas así? ¿Por qué busco a mi verdadero amor? –Porque el léxico cambia con los años–* respondió. Le hice otra pregunta *–¿Y yo donde voy ahora que quiero dormir?–* y el gordo contesto *–¡el viejo no está! Pero anda a despertarlo… ¡tené cuidado pibe*!– y los demás mirábamos como el viejo hablaba solo.

Los puentes que flotan en el aire y paran donde quieren

–No sé…

Y la duda explotaba, así como si nada. Se paraba y repetía la duda y se iba. Yo me quedaba acongojado y con calor, porque la estufa estaba al máximo. También la vergüenza mía, ante esta situación de respuesta dudosa y a la vez ella, sabía que ninguno de los dos estaba en la duda. A simple vista se ve el juego, el terreno mojado, embarrado. La inercia y el vacío.

Cuando se paraba, se acomodaba el pijama y no me miraba, porque en las respuestas se ve el futuro. A ella no le gusta el futuro, ni tampoco responder con certeza. Sé muy bien que no durmió esa noche, porque la invadió, el temor y el golpe. Se lamenta que todo, sea solamente un algo por mostrar en un escaparate y nunca llevar cosas al depósito. Donde todos sabemos que pasan cosas

raras, muy raras. Porque cuando se cierran las puertas del depósito y se llena de sombras, nada es como es.

Y así, me quedaba yo. En la oscuridad mía, pensando porque las relaciones humanas, a veces, se tornan tan complejas. Igual, sabía que mi anhelo es distraerme, entrar en la rueda del limbo, antes de irme. Fijarme como es la nada, aunque esta nada, no sea de en serio.

Esa noche dormí en living, parecía gigante y extraño. Ya no estaba la niña rubia mirando el esquinero (con su espalda tétrica), ni el angelito en el hogar, que con su mano alimenta el fuego, ni tampoco esas raíces en la pared que me inmovilizan, ni ese que me mira de cerca, casi pegado a mi cara y nunca me permite que lo vea. Solo yo y el colchón, que quería hundir mi ser y entristecer mi alma y perderme, o mejor dicho encontrarme con un premio. El premio de vaciarme totalmente y convertirme en ese ser, que sufre y se desangra, por aquello que muchos, (no conocemos y a primera vista) llamamos y necesitamos. Porque sabemos, que el peor golpe en un cuarto oscuro, es lo más cercano a una caricia. Esto nos hace olvidar que realmente somos gente que pelea, como el

Quijote, contra molinos de viento. Para muchos esto es la nada, pero a nosotros no nos importa el molino, solo nos importa la lucha. Cómo nos paramos ante ella, cómo la gestamos y cómo la definimos. El camino nos sintetiza, el camino. No importa si es difícil o encumbrado, solo el camino.

Ya me dormía y empezaba el sueño. Un sueño naranja, cálido, en el que me veía acariciando a un perro. Sentado en un muelle viejo de un Vicente López inventado. En ese sueño, existía en mí, la duda, esa que no tengo ahora, acá.

Cuando desperté, ella estaba en el baño, secándose el pelo y mirándome con esa cara que solo saben poner las mujeres, que no son lo que aparentan o ni siquiera eso. Me levante y me fui a una reducida pero vasta biblioteca, en un rincón de la casa (porque esa ni siquiera era mi casa). Sin saber qué libro había, pero con ganas de leer, tome uno al azar y así, al azar, leí un pequeño cuento de tres páginas (cuatro con el epílogo). Se notaba que el escritor era un tipo ya entrado en años. La simpleza de sus palabras, me conmovió. Sin duda había escrito mucho y parecía ser un gran literato. Pero ahí en ese epílogo, el tipo estaba descalzo y su casa era de barro, su luz el sol y su pluma el viento. Era

el escritor lejos de la ficción que se crea al escribir; me estaba indicando de una forma y de otra, me estaba regalando mi libre albedrio. Fue ahí cuando concebimos juntos una misma razón. Me sentí acompañado. Fue muy grato mi sentimiento y sé muy bien que el de él, también.

Los puentes que flotan en el aire y paran donde quieren, se establecieron entre aquel escritor ciego y yo. A través del tiempo y toda cosa explicable. Ahí estaba, como si nada, al lado de aquel, lector incansable aun sin su vista. Anonadado y consolado por él, olvidando aquel "No se" que ahora resuena lejos y no me hace más mal.

Reí de felicidad plena y continué mi día, pero solo podía agradecerle a él y a los puentes que flotan en el aire y paran donde quieren. La realidad tiene sus mitos y sus laberintos.

Gracias por la luz

(En tres actos y medio)

Primer acto

Un cuarto oscuro, una tos de cigarro, un cigarro, un hombre de treinta años.

Se levanta de la cama, va hacia la puerta. Aprieta la tecla de luz, no prende. Con miedo mira a la lamparita y sin más, se va hacia el inodoro, primero escupe, luego orina. Exclama unos alaridos, quejas o una forma medio rara de bostezar. Camina hacia la cama de vuelta, se sienta, se rasca la cabeza, piensa. De abajo de la cama saca una botella de vino, le da un beso profundo. Enamorado, toma un trago. Piensa, su corazón empieza a latir, él lo escucha y se pone contento. Como si escuchara alguna melodía tierna, tranquila, de esas que dan paz, de esas que tranquilizan. Esboza una sonrisa, la mira, piensa. Se pone a hacer una especie de elongación, empieza a ejercitar su cuerpo, lo hace hasta sentirse exhausto. Ya todo transpirado, se

levanta del piso. Se sienta en la cama, prende un cigarro, le da un sorbo al vino y exclama:

–*¿Quién habrá sido mi madre? no sé,… la verdad, no sé.*

El ya no puede recordar. Piensa.

Mira una pila de libros, se para, los agarra y los tira contra la pared, los junta, los acomoda de la misma manera en que estaban. No sabe qué hacer (todos los días es lo mismo). Toma otro trago de vino. Afuera ya se acercaba el mediodía (el sabia por el olor a comida). De una estantería saca diferentes comidas en lata, elige una de arvejas, busca el abridor, la abre. Se alimenta, sigue tomando. Las arvejas ya rancias de tantos años, son una mezcla de baba y de esas capsulas de dos colores. Se le acaba el vino, va en busca de otro. Agarra uno, lo descorcha, mira el halo verde de la punta, como si fuera su último trago, bebe. Desesperado, piensa. Ya tranquilo, vuelve a pensar. Termina su comida, se hecha en la cama, duerme.

Segundo acto

Se despierta. Toma vino, ya embriagado, sigue tomando, escucha el pulso de su corazón. Feliz, se

para, camina un par de pasos y cae como una bolsa, directo al piso. Su cuerpo entra en un estado de convulsiones atroces, de entumecimiento muscular, una especie de epilepsia provocada por el vino. Ya con sus piernas totalmente inmóviles, trata de arrastrarse hacia la cama. Con toda la fuerza de su ser, se para. Empieza a sentir esa sensación horrible dentro del estómago, tiene ganas de vomitar, tiene grandes arcadas. Cada vez más fuertes, cada vez más intensas, cada vez más dolorosas. Escucha su pulso como aumenta, parece que el corazón se le va a salir, el latido ya parece un acople, molestando. Abre su boca y vomita. Con todo el vino y rastros de arvejas, también va su corazón. No más latido, no más pulso, no más corazón.

–*¿Dónde está mi corazón?*– Exclama enojado y con gusto a preocupado. Se le pasan todos los dolores. Se tira al piso a buscarlo, desesperado, se pregunta dónde pudo haber ido. Da vuelta la cama, vacía la estantería, tira la mesa, busca entre las botellas, entre los zapatos, entre las frazadas, entre las arvejas, entre el vómito…no hay nada. No más latido, no más pulso, no más corazón. No más nada.

Se sienta y se pone a pensar en ¿Dónde estará? Y que su corazón era lo único que tenía para saber que estaba vivo, que pasara sin sus latidos, sin su pulso, sin su reloj natural. Ya resignado, no bebe más.

Tercer acto

En otro cuarto (todo iluminado), al lado del suyo, una mujer llorando. Sin remedio, sin consuelo. Rompe el enchufe, agarra los dos cables, se los mete en la boca, los muerde. Sin remedio, sin consuelo, sin llanto.

Tercer acto y medio

Automáticamente se prende la luz en el cuarto de él. No entiende como paso, pero dentro de su oscuro cuarto había luz. Como un muerto que vuelve a vivir dos segundos, se pone a buscar el corazón, mira adelante suyo y ahí estaba. Todo el tiempo estuvo ahí, solo que la desesperación no lo dejo ver. Lo agarra, se lo mete en la boca, toma la botella de vino y como si fuera una pastilla, lo traga, ayudándolo con el vino. Vuelve el latido, el pulso, el corazón.

Mira la lamparita, piensa, toma un palo y la rompe. Ya de nuevo en la oscuridad, se da media vuelta y con el corazón en su lugar se va a dormir, había tenido un día agitado.

El hueco al costado de mí

Ahora resulta que no me tapa las patas. ¿Por qué? me pregunto, si en realidad tendría que hacerlo, tendría que taparme. Creo que se achicó, ¿por qué es tan raro todo esto? También puede haber pasado que se la hayan comido las polillas, pero en verdad me parece que alguien la cambio. Es más, este rombo que estoy tocando, nunca fue así de naranja…era más verdoso, era como un vomito de perro después de comer su alimento, condimentado con algún helecho o plantita que tenía al alcance de su trompa. ¡Es triste cuando un perro come un caracol! Le sale como una baba espumosa, tipo rabia, suele dar un poco de miedo. Pareciera que el perro te quiere comer a vos. En fin, que lindo animal el perro. Tan fiel, tan cariñoso… ¿qué buen invento no? ¿Porque todos no serán como los perros? El perro no siente miedo. Miedo.

Amo a los perros y también a las frazadas. Sí porque las frazadas son buenas. Pero estoy teniendo un problema con mi frazada en particular, ella no

me quiere tapar las patas, se acortó, así simplemente, se acortó. Encima tiene un rombo medio naranja verdoso, es terrible.

Pero también es terrible pensar que alguien me cambio la frazada. No por el cambio, ni porque alguien haya entrado en mi ausencia. Sino porque alguien tuvo la idea de cambiar una frazada a un tipo como yo, que no jode a nadie. Lo peor es que ella es abrigada y casi igual a la otra, no la quiero cambiar. Solo que esta no me tapa las patas. ¿Qué hice de malo para que alguien me haga sentir una maldad tan grande? ¿Cambiar una frazada larga por una más corta?

Recuerdo a mi amigo el turco (que nunca supe su nombre) de ahí, de Lacroze, que en realidad no era de Lacroze, sino de San Martin. A él le gustaba hablar sobre métodos de tortura (cuando ya estaba pasado de copas), entre una de sus charlas dijo: *…"es increíble que fácil es destruir, y sé por qué es más fácil destruir y ¿quién es el culpable de todo esto?...son las editoriales…si, si, no es culpa de Cadícamo, ese es un genio, ¡la puta madre! "*… nunca pude entender que quiso decir muy bien. En fin, iba a traer una vivencia que él me había contado. Una vez contó que, cuando estaba en la

colimba, lo mandaron al calabozo. Creo que había sido por dormirse en una guardia o algo así. La cosa fue que lo encerraron en un sótano, lo envolvieron en una frazada mojada y lo dejaron ahí, envuelto, esperando que la frazada se seque sola. Sin que le dé la luz del sol. Ni un poco de aire de la noche ¿vaya invento, no? Pobre turco, murió, no de eso. Murió de un ataque al hígado, seco y amarillo. Siempre decía que ahí donde había estado, rogaban que no aparezca "*El Tigre*". Nunca dijo más acerca de "*El Tigre*", es más, le había quedado como frase para anticipar un desastre, por ejemplo: En vez de decir *¡va haber quilombo!*, o *¡se va armar una de San Quintín!*, decía *¡va a venir "El Tigre"!* Antes de que muera lo fui a visitar y me dijo:

–Vos rogale siempre al de arriba, que no aparezca "El Tigre"–

Son cosas que a veces recuerdo, cuando andaba con él para todos lados, así como también recuerdo sus ojos, no los del turco, sino los de ella.

Recuerdo muchas cosas de ella, pero una de las cosas que más me quedo grabada, era cuando después de besarnos, nos mirábamos de cerca, a una distancia corta, a un punto donde cada uno veía

las rebarbas del alma, o al menos yo solo veía. En el ojo izquierdo tenía un lunar muy pequeño, negro y sutil ante sus ojos color miel. Sentía en ese momento, que esto era la vida, que esto era real. Ni hablar de sus mejillas frías y acolchonadas cuando eran acariciadas por mis manos, blancas, imperfectas. El tiempo no estaba presente ahí. Sé que realmente estoy recordando esto porque a ella, le encantaba mi frazada. La que ahora siento que no es más la que era. La que ahora extraño. La que alguien tomo por asalto, sin poder darme cuenta cuando. Qué frio es el invierno, cuando tu frazada ya no te tapa como antes. Cuando decidió irse y dejarme ésta, que no llega a taparme las patas. Ahora la miro de cerca y veo que sus rombos, no son los mismos, definitivamente.

Pienso cuando era un joven, que pensaba que algún día el joven, sería una foto. Un vago recuerdo en la voz de un amigo pasado de copas. ¡Qué nostálgico era! En ese entonces pensaba mucho, en esto que hoy pienso y que mañana voy a leer o no. Quizás la haya usado para prender la estufa o el termo tanque, a la foto. Porque acá en el sur hace frio y cuando digo el sur, no estoy diciendo Ushuaia, estoy hablando de acá. De acá nomas, de

Avellaneda, del sur de mi alma, del sur de mi terror.

Parece mentira que ayer era mi abuela comprando la lana para tejerla y hoy ya no está, se fue. Sigo pensando que alguien entró y la cambio por otra más corta, pero si me detengo a pensar ¿Quién la cambio? Me va a invadir una paranoia, que no quiero. Sé que por lo pronto, ni ella, ni yo, somos los mismos, igual sigo recordando su lunar.

Esta cama, se propone darme sueños y despertares. Este cuarto maltratado por la humedad, que trae el paso del tiempo y los encadenados de hormigón sin ceresita, sé que no son. Porque hoy recuerdo todo, acá. Pero ayer no estaba este cuarto, ni la cama atrapándome. Este lugar era otro. Otro, pero igual a este, sin parecerse en lo más mínimo. El pasado es un espejo roto en el baño de una terminal de tren. Puede ser Retiro, puede ser Constitución. También hay cosas que sé, que no quiero acordarme. Ella nunca leyó "El Lobo Estepario". Por miedo a entenderme quizás, igual así sin más, se fue. Sé que a ella también la cambiaron y la llevaron lejos. Ya ni la soledad quiere conversar conmigo, ni la soledad.

"*Todos mentimos al recordar*"

Fabricio, mi amigo, explicaba esta frase entre medio del humo. Decía que deformamos el pasado. Abrumando la quietud de él, con nuestra falta de cronología-real. Recuerdos que creamos, tratando de que ese recuerdo del pasado, nos deje un sabor dulce de victoria y buen pasar. Tratamos de crear la esperanza pasada, de algo que no fue así, ni va a serlo. Es como aquella linterna sorda del 62'.

Solo me tapaba, nada más. Pero ese era el tema, que al acostarme no quería nada más. Solo sé que ella no es la misma y yo no soy el mismo. Porque sus rombos naranjas, que hoy parecen naranjas, quizás no eran de este color, quizás eran rojos. Quizá eso que yo veo, es un recuerdo que iba a ser futuro en el pasado. Simplemente nadie la cambio, en ningún momento quise fijarme si la frazada estaba invertida, por miedo a darme cuenta que los rombos, al igual que nosotros, se achican, se opacan, se avejentan. Ni rojo, naranja o verde, solo paso.

Así como no recuerdo, cuando fue la última vez que mire el cielo, o la última vez que me enfrente al espejo, o el momento que me recorte la barba. Porque quizás antes de esto, no tenía barba, no tenía cielo, no tenía frente a mí un espejo. Yo tan

quieto, justo ahí. No puedo saber con certeza, si alguien entro en la casa a robarme la frazada, solo dudas duales. Pero si sé que alguien o algo entro en mí. Sé que lo entro, entro para quedarse y acompañarme. Porque veo sus ojos y su lunar, su fin y su plexo, su soledad y su coxis, a la plenitud y la inquietud. Veo a mi abuela terminando, justo antes de morir, esta frazada que me abraza. Me veo a mí puteando con un martillo en la mano y sin barba, amante del futbol. Veo al turco y su rifle, veo a Fabricio y su humo, veo al "*El Tigre*" esperando para acechar. Veo la realidad y su contra, al tiempo deciso, diciendo:

–Yo entro, yo paso, yo estoy, yo existo, yo soy Dios–

Veo que todo esto está, pero no sé si realmente es así, solo sé.

Y en mi atadura y mi pesar, el precio de pensar, la cama que me invita a dormir y a tratar de armar el espejo roto y así poder soñar. Cuando soñaba soñar con ella y no recordar que soñaba con ella. No soñar con el monstruo de la distancia, que es el tiempo. Que se mete en mí, en ella, en su lunar y en la frazada o simplemente en mí, o simplemente en ella. Ha llegado El Tigre.

Memento mori

..."Si se va a usar un vaso para morir, procura llegar hasta el fondo"...

Wilfred Gimmer

Dos seres tienen sexo, toda una noche. Después de varias noches de tener el confort emocional y el sexo adecuado, se casan, Uno con el otro y el Otro con el uno. Viven juntos, se mienten juntos, comen juntos y así pasan los años. Un día reciben dentro de una caja, dos futuros. Le gustan los futuros así como vienen, los crían así, como se cría un cartón de leche o un paquete de galletitas. Los futuros crecen como crece una vieja tertulia de las viejas conservadoras, sin preguntar, lejos de la realidad. Autómatas matándose entre ellos. Siempre los automatizaron sin llegar al fondo del vaso.

Uno con el otro y Otro con el uno, se dan cuenta que no se aman, ni se soportan. Uno con el otro no soporta los ronquidos de Otro con el uno, ni su cuerpo flácido, ni la inseguridad de su mente quieta. Pero cuando se mueve…verborragia, al fin.

Otro con el uno ya no quiere tolerar más los llantos de Uno con el otro, ni esos perdones austeros, fáciles, ni mucho menos sus salidas con los mal llevados del club de quejas con miedo a quejarse. Ellos no se llevan.

Hasta una de esas tardes en la galería, se pusieron a hablar de cómo se les paso el verdadero amor ese otoño, que no dejo ni el viento cautivante del romance, ni las hojas insanas crepitando, cumpliendo su mandato. Llegaron al punto de la nada, Uno con el otro y Otro con el uno. Su vida no era azúcar, ni miel, ni tampoco la amargura del Fernet. Su vida era un mate con edulcorante. Su vida pasó, y ya no se fijaban ni siquiera en los futuros.

Pero siguen juntos, Uno con el otro y Otro con el uno. Porque los dos coinciden en algo, que cuando el día se muere y se ven esos cuerpos celestes en el cielo, mientras se pelean por la frazada, y van llegando al fondo del vaso, tienen miedo. Miedo de no sentir culpa, miedo de no haber sido, miedo de aceptar que realmente se odian, de que el mundo no es un taxi, miedo de saber que se cedieron. Y por sobre todo, tienen miedo de llegar al fondo del vaso, porque saben que allí, en el fondo, está la

soledad del ser y la muerte, como siempre, intolerante.

El sueño de las hojas

Una mañana desperté con un sueño en la cabeza. En este estaba yo gritando -¡*que no se lo lleven*!- a dos tipos que me habían robado algo.

Estaba en un refugio, tres paredes y un techo. La otra pared que no estaba era la salida a un bosque lleno de hojas muertas, un bosque en otoño. En él también estaba María y dos niñas rubias. Ellas eran blancas y de ojos grandes, celestes, hermosos.

Yo sabía que en ese sueño, María era mi esposa y esas niñas eran mis hijas. Pero faltaba un niño, que no recuerdo su cara. Al niño lo habían raptado un tipo de pelo largo y un viejo, se lo habían llevado al bosque. María insistía que no vaya a buscarlo al bosque, que no me aventure en él. Las niñas no decían nada.

Vi como se lo llevaban y se escondían en una montaña de hojas muertas. Sin dudarlo me metí en aquel bosque a buscarlo y en esa montaña de hojas. Cuando estaba dentro de la montaña, ya casi

ahogándome, encontré al niño. Al mirarlo bien, me di cuenta que ese niño era yo. Con él entre mis brazos o yo mismo entre mis brazos, se acercaron un viejo y un tipo de pelo largo.

De repente no había tiempo, ni espacio, estábamos en un lugar en la nada. El viejo me dijo *–este niño sos vos y si nosotros te llevamos es porque vos dejaste que lo lleváramos y él por su parte, quiso venir. Porque tanto él como vos, saben que nosotros dos, somos una invención y como invención de ustedes, hacemos lo que ustedes quieran–* No pude preguntar nada. Igual, ahora que estoy despierto, prefiero no hablar de ellos.

Sin mejillas

...”Las mejillas son valores”...
Wilfred Gimmer

–¡Ah! Negrito me olvide el encendedor en el taller… ¿no me lo traes?

–¡No, pá! Sabes que me da miedo el taller de noche…

– ¿A qué le tenes miedo? ¿A los fantasmas? ¿A los espíritus?... ¡no existen hijo!...mira: los fantasmas no existen,…que te quede claro…ya sos un hombrecito…que van a decir tus novias de esto…

– Sabes que no me gusta ir de noche, no llego a prender la luz y aparte… ¡no tengo ninguna novia!

– Bueno…anda que yo te miro, metele que tengo que prender el horno… ¡sino tu madre nos va a

matar y ahí si vamos a quedar hechos unos fantasmas! (Risas).

Después de un rato, Pablo traía el encendedor y su madre al fin pudo prender el horno para lo que con el tiempo sería una cena inolvidable.

Pablo es un niño de unos diez años, de una estatura promedio a su edad y algunos rasgos de raquitismo. Pablo tiene una hermana llamada Mariela, a la cual él le lleva dos años de diferencia. Son buenos hermanos, pasan largas horas jugando y se preocupan el uno por el otro (lo que se dice "muy unidos"). Su padre (el que le pide el encendedor) es José Ramos, un herrero y orfebre de unos 36 años que sigue manteniendo una vieja costumbre del oficio artesanal de fabricar y remodelar portones y ventanas de hierro estilo colonial (*es uno de los pocos en la zona de villa crespo*). José está casado con Norma Vidal, una ex-empleada administrativa de la empresa Techint (En otros tiempos seriamos mudos). Norma tiene 34 años y ya lejos de la administración, tiene uno de los roles más mal pagos y más estresante de la vida entera, ser ama de casa, pero ella vive feliz y ama su casa y también su familia.

Cada uno de esta familia tenía un rol típico, en los roles de las familias. El hombre trabajaba, la mujer criaba a sus hijos y criaba a la casa y los hijos estudiaban y acataban ordenes *(*ej.: no gritar en horas de siesta, lavarse las manos antes de ir a comer, hacer los deberes y que los deberes hagan dentro de ellos un sistema de ordenación de los quehaceres de la vida, sacarse la mugre de las uñas, comer una manzanas, etc.)

Esa cena del año 89', fue una de las mejorcitas, ya que era navidad y a la vez estaban festejando un gran trabajo que José había terminado para el museo del Parque Lezama (primera fundación de Buenos aires, nunca está de más saberlo). Todos ya habían finalizado la cena *(El Menú: Entrada; tomates rellenos con atún y mayonesa…y el infaltable vittel tone. Plato principal: colita de cuadril rellena con papas al horno y varias salsas de esas que se hacen solo en navidad. Postre: ensalada de frutas, algo rancia)*. Brindaron y salieron todos a ver los cohetes, ya empachados de luces, esplendor, perros perdidos y olor a pólvora, entraron. Los niños se dirigieron directamente al arbolito (navideño), a la búsqueda de sus regalos. Como ellos se habían portado bien durante todo el año y el Parque Lezama (que en realidad no

recuerdo bien si fue la primera fundación de Buenos Aires ahí…prometo averiguarlo) también se había portado bien, Papa Noel les había traído gratos regalos; a Pablo le trajo, la camiseta oficial de la selección argentina, una pelota de futbol, unos calzoncillos que vienen envasados en autos utilitarios de cartón (camioncitos) y la infaltable colonia PACO; a Mariela le había traído una casa para muñecas Barbie, una Barbie rubia con su respectivo novio Ken castaño claro (no como todos los años que le traía una muñeca Barrie con su respectivo novio Tom, castaño oscuro), una malla rosa como Barbie para meterse en la pelopincho y una infaltable colonia PIBES.

José y Norma estaban muy contentos, ya que gracias a sus esfuerzos sus hijos estaban felices con los regalos que ellos pudieron comprarles. (Lamento informarles que Papá Noel no existe).

Los niños enseguida se pusieron a jugar y estuvieron horas haciendo aquello, mientras sus padres saludaban a distintos vecinos que se acercaban a saludar y tomar alguna sidrita. Como alrededor de las dos y media de la madrugada, Pablo grita de una manera preocupada y de manera

poco usual para el tono de aquel niño raquítico y de voz suave.

–*¡Papá! ¡Papá! ¡Mamá! ¡Nos robó! ¡Nos robó!*

–*¡¿Qué paso?!¿Porque estas gritando?* dice José.

–*¡Porque falta la cigarrera del abuelo!... esa que tenemos en el mueble*. Pablo en estado de shock.

–*¿Cómo que falta?...debe estar por ahí*. Dice Norma como calmando las cosas.

–*¡No!...Papá Noel se la llevo* (con tono firme y seguro). Exclama Pablo. Los padres se miran como sin saber que decir o sí saber que decir pero es muy temprano para romper la vieja ilusión del viejo Noel…valga la redundancia.

–*¡No hijo! ¿Cómo se la va a llevar Papá Noel?...el trae regalos solamente, no es un ladrón…aparte ¿para que la quiere si el fuma en pipa?* (Risas)

–*No…estoy seguro que se la llevo…porque siempre estuvo ahí, en el mueble…y ahora no está.*

–*Bueno, hijo… quedate tranquilo que mañana la va a traer, o quizás tu madre la guardo en otro lado y no se acuerda.* Exclamó en tono casi pacifico, José.

–*¡No!... ¿Cómo la voy a guardar en otro lado?...José no digas pavadas ¿querés?* Norma un tanto furiosa.

–*¡Vos siempre ayudando Normita!* Dice José rebalsando de ironía.

–*Bueno, no me di cuenta*. Apologies de Norma.

-*¡Pero si lo robó Papá Noel!... ¿por qué sino… quién?* Pablo realmente acongojado por esa pregunta.

–*¡Papá Noel no roba!* Dice Mariela.

Viendo que estaba comenzando una discusión entre los hermanos, los padres los mandan a dormir. Entre medio de refunfuñadas varias por medio de los niños, estos se van a dormir. José y Norma van a explicarle y a despedirse de los vecinos, que demás está decir que entendían muy poco aquella situación. Luego de echar con cortesía al último vecino, José y Norma van a acostarse. Más tarde los niños dormían y los padres charlaban en la cama.

–*¿Anda a saber dónde está esa bendita cigarrera?*

Dijo José un tanto preocupado y no.

-Yo no la toqué para colmo.

–La habrán agarrado los chicos para jugar y la perdieron seguro…de ser así… ¡flor de paliza se van a llevar! ¡Era un recuerdo del viejo!...

–Bueno…tranquilo… ¡vas a despertar a todos!

–Aparte… ¿Quién va a entrar a robarnos? Y más una cigarrera vieja que no te dan ni cinco pesos… encima esta todo enrejado, no hay forma de entrar más que por la puerta… ¿o…si?

–No. No hay otra entrada, a no ser que haya sido "elrúben", cuando paso al baño.

José mira como con bronca.

–¡Ya está, te empieza a salir la discriminativa!… todo porque estuvo en cana, no quiere decir que el tipo te va a robar una cigarrera…aparte sabes bien que lo metieron en cana por la huelga en el frigorífico, nada que ver lo que estás diciendo.

–¡Ah! ¿Lo metieron en cana por eso?, no sabía.

–¿Viste? ¿Para qué hablas?

–¿Sabes a quien metieron en cana?...al hijodelaIrma…y no tenía cara de chorro.

–Es verdad no tenía cara de chorro… ¡tenía una cara de boludo increíble!...pero las apariencias engañan, ¿no?

–Y si…pero, ¿Dónde estará esa cigarrera? ¿Habrá sido el espíritu de tu viejo?

–¡No digas pavadas! ¿Querés?...mira con esto que acabas de decir me mandaste a dormir ¡chau! hasta mañana…

–Al final no se te puede decir nada a vos…que susceptible que sos

–No. No es que sea susceptible, es que vos sos una máquina de hablar boludeces…y apaga la luz si no vas a leer. ¡Apagala a ver si se aparece el viejo fumando, con la cigarrera en la mano! (Risas)

–¿Ves que sos un tarado? Me voy a dormir.

Norma se da media vuelta, apaga la luz y se acurruca sacándole parte de la sabana a José. En ese instante José se da vuelta y la abraza por detrás murmurándole algo al oído, ella sonríe y él sonríe de verla sonreír. Los dos abrazados se duermen.

Ya era la navidad del 90’, había pasado un año y la cigarrera no apareció, la buscaron por todas partes

pero nunca apareció. Esto a José sinceramente no le importaba, Norma seguía con su teoría de que había sido "elrúben", Mariela ya no recordaba y Pablo seguía creyendo que había sido Papá Noel.

Como todos los años, festejaron la navidad en su casa de Gandhi al trescientos (la única que tenían). Salvo que este año, había venido el hermano de José from La Pampa. Su hermano Raúl, con su esposa Jorgelina y sus dos hijos, Esteban y Marcos. Esta vez cenaron, asado y nada de entradas, ni esas cosas de modales europeos (vaya a saber uno si siempre fuimos mudos). Eso sí, no falto la ensalada de frutas algo rancia de Norma. Al igual que todos los años, después del brindis, los cuetes o cohetes, que tenían como plataforma de despegue el parque Centenario y el Museo de Ciencias Naturales. ¡Divinos eran los cuetes! mientras Papá Noel hacia los deberes (¡bah! Papá Noel). Este año les había traído algo un poco menos que el otro año, ya que no hubo parque Lezama (y la casa estaba en orden y no nos iba a defraudar y somos mudos). Igualmente estaban todos contentos porque de eso se trata navidad, de estar contento no importa a qué precio. Pablo abrió su regalo, pero él sabía que había algo más, algo había pasado. Él estaba concentrado en ver que el barbudo del norte, se

había llevado algo o quizás, había devuelto la famosa cigarrera. Efectivamente Pablo se dio cuenta de que algo faltaba. Ese algo era el viejo espejo de mano de la madre de Norma. Sin hacer bullicio, fue hasta donde estaba su padre y le dijo al oído:

–Papá Noel nos volvió a robar.

–¿Qué? Le dijo el padre.

–Que Papá Noel nos volvió a robar.

–¡Que nos robó! ¿Qué nos robó?

–El espejo de mano de la madre de mamá, ese que cuidaba tanto…

–¿A ver? Tu vieja se va a poner mal, bastante mal…vos no me estás haciendo una broma ¿no?

–¡No, pá! ¿Para qué te quisiera hacer una broma con eso?, si ni siquiera me sirve para jugar.

Se miraron con desconfianza y con una futura y pronta complicidad. Fueron a ver y era tal cual había dicho Pablo, faltaba el viejo espejo de la madre.

–Pero… ¿Cómo? Expresa con asombro José.

–No sé, solo sé que no está por ningún lado… porque lo busqué por toda la casa…incluso en el taller.

Se guardaron el secreto y no le dijeron nada a Norma esa noche. Porque sabían que en cuanto se enterara, se iba a poner muy mal y enojada. Ya que este espejo había sido de la madre de Norma.

Norma no había conocido nunca a su madre porque se fue cuando ella nació, ahí es cuando entra la tía Raquel en acción. La tía la cría junto a su padre, que más tarde quedaría solo ella adoptando el papel de madre. Este es el peso emocional de aquel viejo espejo.

La semana entre navidad y año nuevo, Norma limpia el mueble y se da cuenta que el espejo no estaba en su cotidiano lugar. En la cena de esa noche (creo que era miércoles o martes, no recuerdo bien el día) les preguntó a los niños:

–¿Ustedes agarraron un espejo viejo del mueble del living? Un silencio de esos que dan frio, un silencio tipo Jarmush, tipo Bergman, caótico y a la vez en un tono cercano al bemol o al sostenido…de esos que preparan y construyen la explosión…en

fin solo un silencio. La mirada de la madre dirigida hacia la niña.

–*No…yo no agarré nada*-dice Mariela.

Cambia la mirada hacia Pablo. Pablo la mira y le dice:

–*Yo no te quería decir nada, porque era navidad… pero Papa Noel nos volvió a robar…*

–*¡Se terminó! ¡Deja de hacer esas bromas de esconder las cosas! ¿Que estas? ¿Loco?... ¿y vos? ¿Sabías de esto?* Mirándolo a José.

–*Si, si,…si…si sabía, pero no te queríamos decir nada porque capaz que aparecía.*

–*¡¿Siguen con la teoría de Papa Noel?!* Exclamo Norma echando putas.

–*¡Vos y yo vamos a hablar!* Diciéndole a José y echando más putas.

–*¡¡¡Y ustedes…váyanse a dormir!!!* Refiriéndose a los hijos, ya sin putas por echar y con esa facción en la cara que se le hace antes de llorar, en donde los extremos de la boca, apuntan hacia abajo y se empieza con el sollozo, seguido de mocos y lágrimas con gusto a sal (los mocos también). Se

quiebra en llanto (mal). Ahí es donde entra José, con todo lo que se puede hacer cuando una persona se pone a llorar, porque recordó a alguien tan querido que ya no está y que nunca conoció. Y lo más loco de todo es que José trataba de buscar el consuelo que busca uno, para cuando la gente llora, por un ser querido. Ese consuelo que se basa en el…"*bueno, pero al menos estuviste con ella*"…, o el…"*bueno, al menos no sufrió más*"…o en este caso lo que es peor es el…"*bueno, al menos la conociste*"… ¡no José! ¡Te acabas de equivocar! ¡Boludo!... ¡no te acordas que tu esposa no conoció a la madre y la crio esta tía llamada Raquel!...es increíble a donde llega la ignorancia que tenemos frente a estas situaciones,… decimos cada estupidez, pero bueno lo que vale es la intención. Pobre José había meado fuera del tarro, con eso de que "*al menos la conociste*", el tipo solo quería ayudar… nomas.

Acomodándose la cara, Norma le dice:

–*Si sabes que no la conocí… ¡sos un boludo!* (cara de no entender de José*)…esto así no puede seguir…este pibe me va a terminar de volver loca…con eso de Papa Noel y que se yo que más… se nos caga de risa en la cara este pibe, tenemos*

que ponerle un freno a Pablo sino… ¿Qué va a pasar el año que viene?... ¿se van a robar a Mariela? ¿Decime vos José? Secándose las lágrimas y los mocos (siempre, por eso no entran mocos en la boca, porque somos mudos).

–*Y…bueno Normita es un espejo nomas*. Se sentía culpable José y no sabía por qué.

–*Cállate mejor…*

Se acerca Pablo y le dice a la madre con lágrimas en los ojos:

–*¡Yo no me lo robe mamá…te lo juro, fue Papá Noel!* La madre lo mira, se levanta y va a acostarse.

José lleva a los niños de vuelta al cuarto. Ya que entre tanto griterío, se habían levantado a escuchar cómo se peleaban sus padres. Ya más tranquilos en la cama Norma y José toman una determinación, mandar al niño al psicólogo.

Durante todo ese año, Pablo concurrió al psicólogo. La navidad del 91' tomaron la decisión de comer y celebrar, pero adentro, cerca del mueble. Sabían que uno de los dos debía quedarse adentro mirando el mueble, mientras explotaban esos dulces y ruidosos cohetes (porque ese espectáculo es

imperdible, según dicen todos los vecinos, que son mudos). Esto dio resultado, ya que no faltaba nada del mueble. Pero semanas más tarde, se dieron cuenta que faltaba una pequeña biblia de la mesa de luz de José.

Resulta ser que esa biblia, había sido del padre de José
Nuevamente alguien había tomado por asalto, algo del difunto abuelo de la familia. En esta secuencia había algo llamativo, porque nadie sabía sobre la existencia de aquella biblia o al menos suponían que nadie sabía de ella. Además estaba en un lugar inaccesible para los niños. En ese momento comienza una nueva duda, pero esta vez una duda esotérica. Norma ya un tanto descreída de que podrían haber sido los niños, comienza a ver otras opciones disponibles.

Un día, hablando de todo un poco con la kiosquera, Norma le comenta acerca de esta serie de hechos raros. Irma (la kiosquera) le presta un libro y le dice que cuando termine el libro le pregunte. Norma hasta ese entonces, no sabía que pregunta le iba a hacer. El libro que le presta Irma es "El libro de los espíritus" de Allan Kardec, un libro bastante interesante basado en los estudios de este

espiritista. "El libro de los espíritus" contiene relatos, acerca de contactos con espíritus, por medio de los llamados "médiums" (gente que tiene contacto con espíritus). "Médium" quiere decir que están parados en el medio, entre los vivos y entre los muertos, por eso es que están por encima del tipo común. Ya que entablar relaciones con gente muerta, no es muy común como comprar el pan, o hacer una tortilla de papas con verdeo.

Norma lee este libro y al terminarlo, va a devolvérselo a Irma (la kiosquera). Le pregunta:

¿*Dónde puedo conseguir un espiritista*?

Vuelve a su casa con el libro en la mano (Irma, se lo presta un par de días más, para que lo lea José), lo agarra a José y le dice que le pegue una ojeada. A la noche cuando ya están en la cama, él le dice:

–Che, ¿será de en serio eso que cuenta el libro?

–Y...debe de serlo, mucha gente lo leyó y este tipo... ¿cómo se llama?

–Allan Kardec, exclama José.

–Sí, ese. Es bastante conocido. Fue premiado por "no sé qué fundación".

–Y…vos…con esto me estás diciendo que consigamos a este Allan… porque nos va a salir un ojo de la cara

–¡No a este no!, yo hable con Irma (la kiosquera), que es la que me prestó el libro…

–¿Quién es Irma?

–¡La kiosquera! ¿Todavía no te acordas el nombre de la kiosquera del barrio?

–No le doy pelota a los nombres…bien que lo sabes eso…

–Bueno, escucha ¿querés?...que ella me dio el teléfono de un tipo, que se llama Roberto Sigva, que dice que es un espiritista, que dice que nos va a ayudar…

–Ayudar ¿en qué?

–Nada…en ver si hay algún espíritu, el de tu viejo o el de mi tía, o el de los dos juntos. ¿Qué te parece?

–Mmmmm, no sé…déjame que lo piense…no sé, es jodido traer un tipo que se va a conectar con la gente que se nos murió…ponete a pensar.

–Y… ¿en que querés pensar?

–Nada… en todo esto…

–No hay mucho que pensar…

–¿Ves?... ¡al final para que me pedís que te diga, si vos ya tomaste un decisión!

–Bueno amor, sabes que quiero que esto se termine…a los dos nos hace mal toda esta situación y a los chicos también. Encima lo de Pablo con el psicólogo no funciono, es mas ¿te acordas lo que nos dijo el psicólogo? Que el nene estaba mejor que nosotros. (Risas mudas de José)

–Ya lo sé…ya lo sé…pero…

–¿Pero qué?

–Nada, nada… ¡hagámoslo y chau!…me quiero ir a dormir…hoy tuve un día súper-movido.

–Bueno…que descanses amor…

(Besos de por medio)

–Que descanses.

Al otro día se comunica Norma con este tal Roberto. Habla con el tipo y arregla un horario que

no estén los chicos. Viernes 15:00 horas. Arreglado el fato del horario. Venia el caza fantasmas.

Llegado el viernes, 14:30 hs. Suena el timbre. Van los dos a abrir, con una sensación adolescente en la espalda. Abren. Al abrir la puerta se encuentran, con una especie de Vincent Price (pero no tan lúgubre) mirándolos fijo por detrás de sus cabezas, y les dice:

–Hola, mi nombre es Roberto Sigva, soy el captador de energía ectoplasmatica del tercer tipo, vengo para ayudarlos a revelar esto.

–¡Ah!… ¡pase! dice Norma.

–¿Viene de muy lejos? Pregunta cortésmente José.

–No sabría decirle muy bien.

Miradas como de no entender.

–Son muchas las distancias que transitamos… nosotros, los médiums.

(El tipo estaba de atar) Norma y Jose se quedan perplejos ante la respuesta de este.

Entran a la casa. Sigva deja el bolso y les dice:

–¿Podrían tapar todos los lugares que entre luz?, porque tiene que haber oscuridad.

Saca del bolso tres velas, una roja, una blanca y la otra negra. Las pone sobre la mesa formando una especie de triangulo sin aristas, una vela en cada vértice. En el medio del triángulo pone unas piedras tipo canto rodado (más conocidas como "runas") y frente a él, coloca un tablero con números, que van del cero al nueve y también en este tablero hay un "SI" y un "NO". Por último saca una copa que le falta un pedazo.

–¿Se le rompió la copa? Pregunta José.

–No…la mordí. Dice Sigva.

Sigva serio, Norma traga saliva, José inmóvil.

–Bueno…siéntense acá y hagan silencio por favor. Exclama Sigva.

Una vez sentados, comienza el rito. Sigva tira las "runas" con dirección hacia el centro del triángulo y empieza a hablar en un latín extraño, rustico. Coloca una runa sobre el tablero y les dice que lo que quieran preguntar; antes se lo digan a él. Que por más que él este en trance, él va a escuchar la pregunta. Sigva pasa un rato largo haciendo él, la

primera pregunta. Que era…” *¿hay algún espíritu aquí? ”*…; Ya cuando empezaban a creer, que este tipo era un verdadero chanta, la runa se mueve hacia el “SI”. Norma y José se quedan helados.

–*Pregunten.* Dice Sigva.

–*¿Preguntá ahora?*

–*Tengo miedo…*

–*¿Ahora tenes miedo? ¿Justo ahora?...tanto rompiste las bolas con esto y ahora tenes miedo…*

–*Por favor, no puedo aguantar mucho más.*

–*Bueno…pregunto yo, nomas…*

–*¿Sos mi viejo?*

–*SI*

José se quiebra en llanto, sin poder continuar. Norma pregunta:

–*¿Porque te llevaste el espejo de mi madre?*

–*NO*

–*¿Cómo qué no?*

–*NO*

–Pero… ¿no entiendo? ¿Cómo qué no?

–NO

–S…si… ¿vos no fuiste?...entonces ¿quién?... ¡para!... ¿estás con mi tía Raquel?

–SI

–¡¿Qué haces con mi tía Raquel?!

La runa sale del tablero, Sigva toma la copa y escupe dentro un líquido negro (asqueroso). Fin de la sesión.

Sigva abre los ojos y les dice:

Se fue, no quiso hablar más…

–¿Cómo que no quiso hablar más? ¡Es mi viejo… che! José con calentura.

–Cuando un alma se humaniza demasiado, se va de la comunicación…pocas veces ha pasado esto. Sigva con un tono pacifico.

–Bueno…debo irme, creo que han tenido bastante como para saber que acá, hay espíritus. Y además estoy muy agotado…

–¡¡¡Espere, espere!!! ¿Cómo que se va?...

–¿No pudimos saber nada? Norma preocupada.

–Ni le pague y ¿ya se quiere ir?

–Me van a disculpar, pero debo marcharme.

–¿Cuánto le debo?

–Solo el tiempo le dirá. No me acompañe, conozco la puerta. Y así se retira Sigva, incognito, errante, fugaz. Norma y José quedan entre medio de risas y llantos. Un tipo acaba de decirle que el tiempo le dirá cuanto le debe, acaban de saber que hay espíritus en la casa y encima están volviendo los chicos de la escuela. Fue raro. Durante la noche se quedaron deduciendo, ¿Por qué el padre de José, estaba con la tía de Norma? ¿Qué había ocurrido, para que ellos estén juntos? ¿Por qué? Si ni siquiera habían muerto en esa casa, ¿habrían tenido una relación amorosa? O, lo que es peor aún ¿habrían tenido una relación amorosa, una vez muertos? ¿Los muertos tienen sentimientos? Después de varias consultas a amigos de su padre y de su tía, se enteraron de algo que murió con ellos dos. Se enteraron que:

Los años pasaron y siguieron desapareciendo todo tipo de cosas, peinetas, tenedores, pipas, herramientas, libros viejos, fotos, etc. Norma y José (sabiendo lo que sabían) todos los años para navidad, arman una especie de santuario para su padres, con fotos y cosas de ellos. De Sigva no se supo más nada, solo que el tipo había terminado trabajando en una cerealera por Arrecifes o Areco, algo así.

Un día, para navidad, mientras los padres armaban su santuario, viene Pablo (ya padre de familia y todo eso) y les dice a sus padres:

–Mamá, Papá...tengo todas las cosas que se perdieron...

*–¿Cómo hijo?...*Dice Norma

–Si...tengo todas las cosas porque yo las robé...yo se las saque, la biblia de la mesita de luz, la cigarrera del mueble, el espejo, los tenedores de plata, las fotos... todo, todo fui yo... discúlpenme... no quería que pase tanto tiempo, pero bueno...no sé cómo pedir disculpas...

–*¡Si, si!*– (al unísono). Contestan los padres, mientras acomodan las fotos del padre de José y la tía de Norma. (Como buenos mudos se dan vuelta o también como quien no tiene mejillas)

(…Breath o respirar, simplemente…)

Así es la vida, una maraña de recuerdos entre medio de días y noches, todo esto atado al carácter y sentimiento de las cosas. Por eso paso a explicar en este micro capitulo que trata sobre una historia que respira, como usted.

El padre de José se llamaba José también, esas cosas suceden. Había conocido en una casa de las barrancas de Belgrano, a una mujer muy bonita de unos años más joven que él. José estaba casado con su esposa hace varios años, pero eso no importó a la hora de aventurarse con esta muchacha, hasta el punto de dejarla embarazada y tener un hijo. Esta joven era la tía Raquel de Norma y el hijo que tuvieron era Norma. Es decir que Norma era su hija. Es decir que José y Norma, hoy marido y mujer eran medio hermanos, ya que nunca había

existido una supuesta madre, ni padre de Norma. Su tía (madre) había tenido un noviecito y a este se le acredito el papel de padre perdido, solamente para que la historia tenga un sentido. No tiene nada de malo ser medio hermanos y ser esposos también. Si Adán lo fue con Eva ¿Por qué no harían ellos lo mismo? Esto es el "S*e enteraron que:*" de más arriba. Fue un secreto que lo supieron guardar, como quien guarda un secreto en algún armario viejo o en alguna sabana privada. Cuando se enteraron, pasaron largas semanas durmiendo separados, pero luego se dieron cuenta, que cada día se extrañaban más y más, y que no importaba ser hermanos, porque se amaban y aparte la cama extraña sus repetitivas y e imperfectas siluetas.

Así es la vida, una maraña de recuerdos entre medio de días y noches, todo esto atado al carácter y sentimiento de las cosas. Por eso paso a explicar que el amor actúa de formas misteriosas y respira como usted o simplemente Breath.

Falta ausencia del poeta

(O la vida que pienso y que todavía no ha llegado)

Una tarde de esas que el mundo y las maravillas del progreso no alcanzan. Esos días donde me asomo a la calle y el viento que baja desde el parque te cala los huesos, se respira bandoneón. Miro por la ventana y veo frio, lo siento. Creo hay un sonido en el aire no sé si son los vecinos o la pava que rechifla sin parar. Si se hirvió el agua, el mate no sirve, me queda el té solamente. Me acerco a tus viejos escritos y resulta que termino husmeando en tus cosas que ya son de los dos, no hay más privacidad. Creo que no estás más.

Recuerdo cuando te fuiste, era un día como hoy, un día en Buenos Aires, húmedo. Había cosas por todos lados entre tus cuadernos viejos, pedazos de gomas de borrar, capuchones mordidos, monedas de diez centavos, párrafos de poesías inconclusas, principios, finales, preguntas. En un margen he

descubierto que mi nombre se filtraba en una pregunta seguida de una afirmación que decía *–Maria… ¿puedo amarla más?...puedo amarla más–* mi sonrisa brillo igual que cuando los sábados a la tarde nos íbamos a caminar por esta ciudad tan mal herida y tan laberíntica. Recuerdo perderme con vos, por la ciudad. Por la Recoleta, el cementerio, la plaza, más allá el bar de Pueyrredón y Las Heras, que en realidad no es esa intersección (ahí donde nos emborrachamos una tardecita, aun sin ser lo que después fuimos, dos amantes, amigos, hermanos de soledad, locos sin serlo). Los cines de Lavalle, los cafés de Corrientes, las galerías de Santa Fe, el Colon, las viejas librerías perdidas de Uruguay, de Montevideo, de Rodríguez Peña. El bar La Paz donde se podía fumar, en frente de donde nos despedimos tantas veces. Tú café doble, tu Marlboro, mi lágrima, mis Gitanes. Más allá, en el bajo, la reserva y tus pensamientos sobre el misterio de La Pampa, la Costanera Sur, Las Nereidas y al fin San Telmo, al fin Barracas, al fin Lezama, al fin nuestra hogar, que ya sin vos es simplemente una casa.

Me quedé mirando tu letra, la profundidad de tu trazo, tu pulso. Ahí estabas vos, afirmo lo que antes dude, ahí estas vos, en tu letra. Y ahora no existe

ausencia de vos, ahora falta la ausencia. Tu enormidad le ha dicho a la ausencia que se vaya, que vos estas aún más allá de mi soledad. Que estas sometido con gusto, a vivir en tus palabras. Fuiste vos el que me enseñaste lo que era la nada y dijiste con certeza que después de esto no hay nada, solo queda la ausencia, pero ¿Qué pasa cuando vos ya no estás y la ausencia nunca viene? Sos vos el que hoy crea algo en el vacío, el que no le da lugar a la nada en mi cabeza. El que ocupa espacios sin ser ocupados, te extraño. Si este escrito que me he animado a escribir en uno de tus cuadernos sería una poesía, diría algo así:

Falta ausencia del poeta.

falta tu ausencia,

que ayer para mí,

era la cárcel de mi futuro lejano.

Nunca pensé que aun en esta nada,

te tendría tan cerca

Y diría algo quizás un poco más romántico como:

Y aun la vida es, sin serlo,

mi desdicha por castigarme

y continuar dándome vida…

Que sin vos ya es,

fantasma de unos brazos y unos huesos.

Creo que a vos te gustaría esta especie de poesía así, ya que cuando te conocí (hace muchos años) discutíamos acerca de Baudelaire y sus flores del mal. Pensar que todavía era muy pronto para programar un futuro, para recrear todos los años que nos llevó acercarnos.

Sigo buscando entre tus cosas, sigo leyendo, sigo mirando. Entre estos encuentro, un papelito que te había escrito en modo de enamorados, que decía…"*Maria y Jorge*"… automáticamente me puse a pensar que increíble eran esos dos nombres atados a una simple letra griega. No importan los nombres, no importan las palabras, solo dos

símbolos, que toman sentido con algo que los antepone o los une. La “y” en este caso, es el tiempo que se nos fue dado, ausente de todos los momentos del mundo que acontecen y forman el recuerdo. Es la manera más primaria y significativa del amor plasmada en una letra. En ella se encuentran el total de los latidos del corazón, cuando este conoce el amor, las madrugadas enteras pidiendo que su cuerpo no se propague más allá del olvido, la importancia de los nombres de pila del o de la que se ama en el día a día, en el noche a noche, los pantalones planchados, los perfumes, los cuellos de las camisas limpios, las tardes de sol, la insinuación de las cosas, que por algún motivo nos resultan obscenas, aun cuando ya son conocidas, las familias incompletas, las noches de frio, la cama gigante, los dos, los uno, la soledad esperando ahí, la unión de dos que se quieren, los amantes de auvernia, el frio, el calor.

Se proyecta en material que creemos dar forma, analizando cosas que, se confunden con rápidos pensamientos ya aceptados. Imprime todo, se fija lo que Schopenhauer llamaría concepto, lo concreto, lo abstracto. Dividamos los dos nombres y el artículo, cada cosa se mueve por sí sola. Yo, Maria, estoy acá sola recordando analizando y empezando

a extrañar tu forma material de abrazarme, tus brazos. Vos, Jorge dando vueltas por la casa, como en ese hotel, buscando sin ver, mis ojos. La pequeña letra destinada a unir o separar, afirmando siempre, algo. Como si cayera de un punto en el aire que tiene vértigo en el lenguaje, une símbolos extraños e inexplicables, pero aun así sé que los une. Entiendo, por irresoluta e infinita, aquella afirmación atemporal escrita en un viejo papel. Una afirmación de dos formando uno, una mirada de la bondad que existe en el amor…"*Sé que en el amor no hay lógica, pero si balance*"…dirías, me quedaría mirándote como siempre, con esa grandeza con la que me cautivas, que lindo que eras cuando entre medio de tus frases, que muchas veces las podía entender solamente tu silencio, sonreías y luego me mirabas.

Miro tus letras, tu trazo y veo tu poca importancia porque sea entendido este manuscrito, siempre escribiendo de una forma compleja y diferente. Parecería que cambiabas el trazo, como quien es perseguido por las palabras. Sé muy bien de tu eterna lucha con la falta de luz en la luz y la tranquilidad en las horas oscuras perdidas. El tiempo es lo que pasó, mientras trato de definirlo, una idea tan clara como quien suele someterse a

respirar día tras día. Sé que muchas veces he llorado y dicho que quería morirme para irme junto a vos, pero bien se cuánto te gustaba "*el circulo de los no-bautizados*" (aun vos estando bautizado). Leyéndote vuelvo a encontrarte, empiezo a pensar de que cada uno tiene asignado la cantidad de latidos, al igual de los besos que se dan, los bostezos, las formas de respirar. Creo que la muerte y el olvido han fallado o simplemente los has vencido, porque aquí falta tu ausencia, aquí te encuentro cuando suelo tratar de no querer despertar, en los trazos extraños y raros. Misterioso es la palabra si te tengo que definir, recuerdo cuanto me hiciste escuchar ese tema de Thelonious. En verdad cuesta todo un poco más, pero sé que mi vida es tiempo al igual que todo, no brillo, solo tiempo. El brillo es una de las cosas que más se parece. La letra, ella fue testigo y lo sigue siendo de nuestra unión, sin amalgama. Solo rellenando y vaciando. Raras noches me esperan con tu falta de ausencia y vos dando vueltas sin ser visto por la casa. Quiero extrañarte, pero solo se extraña lo que no se tiene. Creo que nunca te tuve, siempre estuvimos atados. En tus cuadernos hay tantas preguntas, tantas cosas que dejaste inconclusas, pero algo hay que queda presente e intacto, es tu

enormidad en todo mi ser. Has hecho que la ausencia falte, seguramente le habrás dicho que descanse, ya que por estos días la gente extraña mucho.

Todas las casas en llamas

Describo por mi parte, lo que estoy entendiendo, lo que mi conciencia empírica da a entender. Quisiera saber si floto o si estoy apoyado contra algo. Aquí no se puede apreciar todo, porque si levanto mi cabeza a la altura de los ojos veo toda una niebla que no me deja ver. Una niebla espesa, esa que cuando aparece, cierra el camino. Tengo vagos recuerdos de cosas, de momentos, de sabores y sensaciones. Recuerdo a muy poca gente o a ninguna, recuerdo a un tipo que se llamaba Sergio que me enseño algunas verdades sobre cosas que ahora no puedo recordar con exactitud, pero si recuerdo su nombre y apellido. ¿Qué era un nombre? Será que es una cosa para definir otra cosa que va a ser definida por otra cosa que a su vez encontrara razón en una cosa conceptual que defina todas las cosas.

Cuando intento mirar hacia los costados no puedo, solo niebla. Pero todo cambia cuando miro mis

pies, ahí no hay niebla y puedo verlos. También hay un montón de huellas marcadas. Como si muchísima gente hubiera caminado por ahí y yo sea un simple pasajero o quizás un tipo nuevo. La distancia que tengo con la niebla frente a mis ojos es la distancia de un brazo, una distancia como la que te hacen tomar en la escuela para mantener el orden de la fila. Esa distancia que es vertical y horizontal, esa distancia que es un ángulo de unos noventa grados dudosos.

El orden, mantener, progresar, informar, matar, cazar, honor, orgullo, descansar, recordar, consumar, desorden, caos, informar, matar, son palabras que están muy agarradas a mi recuerdo, que vienen a mí como agujas a los ojos. Sabor a arena en la boca. Esta distancia que cumplo sin estirar los extremos que cuelgan de mis hombros, que miro y no veo. Cada tanto se siente como si alguien hablara, viene alguna voz diciendo algo como para nadie, como para el emisor mismo cumpliendo también, la faceta de receptor. Creo que se puede escuchar la parte de adentro que nunca sale, creo que hay murmullos que dicen cosas todo el tiempo, cosas que no se resuelven por

si solas como el lenguaje, hay una idea para entender lo que podría ser que una palabra preceda a la otra.

Se siente algo fuera de esta niebla, como si también hubiera alguien dando vueltas en ella. Mis pies quieren tocar el suelo y ser parte de una de esas huellas, pero no pueden, algo me dice que todavía no están preparados. Quizás ellos ya tocaron y ahora soy parte de lo que sigue, todo por partes, no es un devenir constante como el tiempo, pareciera que no hay tiempo. Partes que están fuera del tiempo, que son bloques abstractos en el aire, si es que lo hay. No se somete uno a respirar, porque no se siente en el pecho. Cada tanto viene un olor que me recuerda a la madera, otro que me recuerda al café, puedo oler pero no sé si es parte de mi nariz, o es solo una acción que se emite como código que no deja de cesar por sí solo, para no dejar de entender, como siempre. Estoy en algún lugar que geográficamente no lo puedo ubicar, pero si decir que estoy en algún lugar. El lugar donde estoy y no soy, donde se escucha pero no se oye, no se define el todo por la pura abstracción de formas, que en otro momento le hubiera puesto un rotulo, lo

hubiera llamado por un nombre, digamos Carlos, romper, elefante, paisaje. Un definido, una acción, un género, un estado. Todo individuo cree poseer, acá no se es nada, acá no se es todo.

Por lo que parece no estoy solo y hay un montón de preguntas por hacer todavía y sigue viniendo olor a madera y sigue viniendo el olor a café. Se me inunda el momento, este que tengo ahora, que estoy describiendo con una idea rápida, que me dice acerca de un montón de personas encerrados en un tiempo corto. La mano más vil que se pueda encontrar, los ha encontrado. Esta mano que uso su voluntad en contra del otro y negó la suya por aplicarla en ese montón. Todo ese montón, casi indescriptible como la materia, como la sustancia. ¿Qué idea tuvo esa mano acerca de lo que paso, de lo que estaba haciendo? ¿Qué ideas tenían todos los púgiles rutilantes de aquella era, donde se perseguía al que tenía un detalle diferente y se persignaban en nombre de un dios, del miedo o que se yo? ¿Quién habrá ideado aquel catalogo sobre las seis puntas amarillas? No soy un hueco ni tampoco algo lleno, completo, no puedo concebir algo, solo estoy siendo participe de una descripción mal dada, un

afirmación desconcertada, un todo por decir, una nada por contar.

Siento que toco y que no soy este que toca y que siente. Estoy confundido, no entiendo cómo está siendo mi descripción. Demasiadas cosas pasan por acá ¿y allá cuantas cosas pasaban? Quisiera saber si alguien me toca, quisiera saber cómo darme cuenta, quisiera saber si algo de lo que acaso puedo llegar a saber es realmente una suposición. Fue real, fue todo esto junto y mucho más y al fin empiezo a sentir un movimiento, la transportación del objeto que no se puede separar, todos son la parte que nos falta, todos llegan a sentir, todos son reflejos eléctricos que toman como medio la razón. Pero ¿acaso que era el verde y el amarillo y el negro? Las porciones exactas de fórmulas que conforman algo que es lo que para nosotros se plasma y se siente. El problema siempre fue sentir ¿Cómo hacer para no sentir? ¿Cómo saber lo que es sentir? Si solo hubiera una clave que descubrir, una ecuación por completar, pero no lo hay. No hay nada que nos diga algo más que discutir. La claridad que aparece como revelación, la oscuridad que aparece como lo escondido, nada nos revela más que un sentimiento.

Toda reacción se lleva a cabo ya no por un incentivo sino por un estímulo y así procedemos a estar siempre en conseguir o tener un estímulo, siempre. Sometemos nuestro cuerpo a dolores inmensos, a sufrimientos incesantes todo por conseguirlo ¿Qué sería del camino si solo se mirara hacia adelante y no tuviéramos oportunidad de detenernos nunca en ningún árbol que nos prometa frutos en primavera? Nunca detenerse, siempre seguir hacia el cómo, hacia el porqué, hacia el donde.

Siento que la niebla ahora me encierra todo, ya no veo el piso de tierra ni mucho menos las huellas. Ahora me siento solo y se empieza a sentir aire, porque siento que se me infla el pecho. De repente recuerdo cosas que he hecho y me han pasado, cosas simples. Creo que me he olvidado la llave del gas abierta, la ropa tendida, los impuestos sobre la mesa de entrada, no compre ese sillón que me gustaba, no corte la hiedra de mi vecina, ahora subo, no choco, parece ser que cuanto más quiero subir más hondo me hundo, la ley debe funcionar así acá, hace tiempo que estoy y todavía no sé qué lugar es. De a ratos llegan recuerdos como la llave

del gas, la ropa tendida, el sillón, los impuestos, la hiedra. No sé porque me detengo en los impuestos pero tengo la vaga idea de que aquí también existen. Siempre pagar para mantener, algo hay que dejar para conseguir. Me hundo, me hundo y de repente hay olor a tierra mojada. Quiero gritar pero no sale nada, quiero decirle a alguien que acá estoy, que no me fui, que estoy empezando a recordar, que todavía sigo pensando en esa tardecita en la reposera de la casa de Haedo, en el guiso de arroz que bañaba todo el conventillo con su aroma, de las bombachas tendidas en la canilla, de los mates después de comer, del puño cerrado de mi padre golpeando la pared, del hermetismo que sufría mi madre aquella tarde de otoño en la que lloraba a escondidas y me ocultaba y me enseñaba y me sorprendía y yo aprendía a llorar cuando se era necesario.

Los sobrinos, los hermanos, los cuñados, los amigos, todas las casas en llamas, todas las ratas, cada segundo de tu mirada y aquí me detengo. Creo que encontré algo, ya fui ahí y encontré algo. Ahora paró de moverse y empiezo a ver todo borroneado pero al menos veo, ya no veo la niebla.

Y ahora no recuerdo lo que estaba contando y ahora siento ganas de llorar y de hacerme notar, de quizás este sea mi primer llanto. Debo prepararme para que venga el segundo y algunas de estas sombras sepan algo.

***

Índice